****

**GRACIA VIRTUDES**

Por el Bautismo somos insertados en Cristo, nos incorporamos a esa Iglesia que es verdaderamente Su Cuerpo, de manera que vivimos en El y El vive en nosotros. Pues bien, vamos a centrar nuestra atención en esa vida, la vida de la gracia.

 Sabemos ya que el fin que Dios ha querido para el hombre está por encima de las posibilidades de su naturaleza; por eso, si estamos destinados a vivir en el Cielo, a ver a Dios directamente, a «conocer como somos conocidos», nuestra alma necesitará más capacidad de la que por su propia naturaleza tiene. Recibida en la tierra, la vida sobrenatural, la vida de la gracia santificante, no produce todo su fruto de inmediato, dándonos aquí abajo la visión beatífica; pero sí eleva el alma hacia nuevas posibilidades ya en esta vida.

Veamos que no se trata de adquirir un alma distinta, sino una nueva capacidad en el alma que ya poseemos: nuestra inteligencia adquiere un nuevo acceso a la verdad através de la fe: puede aceptar a Dios como fuente suprema de la verdad; la voluntad, por su parte, adquiere dos virtudes: la esperanza, por la que espera en Dios con la certeza de que es posible alcanzarlo, y la caridad, por la que ama a Dios. Estas tres virtudes se llaman teologales, porque tienen como objeto a Dios, dirigen al alma directamente y rectamente hacia El.

*Las virtudes morales*

Con la gracia, el alma no sólo adquiere las virtudes teologales, sino también las virtudes morales, que se refieren a nuestra relación con todas las cosas creadas. También ellas se distribuyen desigualmente entre la inteligencia y la voluntad: la inteligencia recibe a la prudencia; la voluntad recibe tres: justicia, fortaleza y templanza.. La prudencia es la virtud por la que el alma, asistida por la gracia, *contempla* el mundo como en realidad es y nos señala cómo debe ser nuestra relación con él. De hecho, la verdadera regla de oro de la prudencia es «aquel que pierda su vida la ganará».

En definitiva, la prudencia es la virtud que capacita al entendimiento para ver rectamente lo que debe hacer. Las otras tres son una ayuda para hacerlo; así, la justicia se refiere a nuestras relaciones con los demás: es la voluntad decidida de que los demás tengan lo que les es debido. No consiste sólo en abstenernos de lo que no nos corresponde; llamar a eso justicia supondría padecer una verdadera anemia espiritual. La verdadera justicia lleva consigo la preocupación seria por que los demás disfruten de sus derechos, y nos lleva a poner los medios para lograrlo.

La templanza y la fortaleza, en cambio, se refieren a nosotros mismos. La templanza modera; la fortaleza estimula.

Pudiera parecer que con la fe, la esperanza, la caridad y las cuatro virtudes morales, el alma posee todas las ayudas necesarias para alcanzar su destino sobrenatural. Pero hay más ayudas, como veremos a continuación.

**La gracia santificante** es la vida que se le da al alma, renovándola y dándole nuevos poderes, tanto a ella como a sus facultades**.** . La gracia santificante mora en el alma y permanece en ella. **La gracia actual**, en cambio es la energía divina que pone al alma en movimiento hacia un fin determinado, que sin ella no podría alcanzar. La gracia actual, no permanece, sino que es transeúnte como una ráfaga de viento, que sopla por un instante y luego desaparece, por lo que hay que aprovecharla cuando sopla; tampoco mora: no se produce su inhabitación en el alma, sino que actúa sobre ella, por así decirlo, desde fuera. Pone al entendimiento y la voluntad en movimiento sin ser una de sus cualidades, de manera semejante a como el viento mueve un barco sin convertirse en un elemento permanente de su estructura.

«El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» *(Jn* 3, *8).* Sin este empujón de energía divina, el alma no podría dar un solo paso para su propia santificación; con él, en cambio, logra lo que de otro modo sería incapaz de hacer. Si responde con obras

por un movimiento de amor a Dios—, el alma recibe la gracia santificante; pero sólo en el caso de que responda, ya que es un impulso, no una coacción.

Las gracias actuales no cesan al recibir la gracia santificante: Dios nos las continúa enviando para que podamos hacer esto o aquello, para que veamos lo que es mejor para nosotros y pongamos el esfuerzo necesario venciendo nuestra debilidad. Aquí ya nos encontramos con los dones del Espíritu Santo. Recibimos estos dones junto con la gracia santificante; son cualidades permanentes del alma en gracia. Podemos definir sencillamente su función diciendo que son los que aprehenden el impulso de la gracia actual cuando ésta sopla, para que respondamos a ella, y lo hagamos fructíferamente.

Práctica